



El sacerdocio en el Nuevo Testamento¹

Luis SÁNCHEZ NAVARRO dcjm
Facultad de Teología San Dámaso (Madrid)

Resumen: Este artículo presenta en tres puntos el tema del sacerdocio en el NT. En primer lugar la condición sacerdotal de Jesús, un sacerdocio nuevo expresado con terminología del AT. En segundo lugar se presenta a Jesús sacerdote según la Carta a los Hebreos. Y en tercer lugar el sacerdocio de Jesús y los sacerdotes, el sacerdocio común de todos los cristianos y el sacerdocio ordenado, al servicio de todos los cristianos.

Palabras clave: Sacerdocio y NT, Jesús sacerdote, sacerdocio.

I. ¿JESÚS, SACERDOTE EN EL NUEVO TESTAMENTO?

Comenzamos nuestro recorrido bajo la forma de una interrogación que quizá parezca sorprendente; nuestra primera tarea será justificarla. A continuación mostramos sin embargo el camino para su solución.

1. Los datos que justifican la pregunta

El sacerdocio es una institución de sobra conocida en el mundo judío del siglo primero de nuestra era, cuando vivió Jesús (no podrá decirse lo mismo

1 Conferencia pronunciada en el Instituto Teológico San Fulgencio de Murcia con motivo de la festividad de Santo Tomás de Aquino, el día 28 de Enero de 2010.

después del año 70, que con la destrucción del Templo de Jerusalén supuso el abrupto final de la función sacerdotal en Israel). El evangelio de Lucas se abre con la figura del sacerdote Zacarías; Jesús ordena al leproso recién curado ir a presentarse al sacerdote para que certifique su curación. Un sacerdote y un levita aparecen en la escena de la parábola del buen samaritano. Los «sumos sacerdotes», en fin, tienen en los evangelios una presencia notable y una gran importancia, pues decidirán el destino de Jesús. Nos hallamos por tanto ante una realidad cotidiana en el Israel del siglo I.

Pero según estos parámetros Jesús no es sacerdote. Más aún: no puede serlo. No es descendiente de Aarón, ni siquiera es de la tribu de Leví. Jesús –un dato en el que concuerdan las diversas fuentes neotestamentarias– es descendiente de David, de la tribu de Judá. Jamás en los evangelios aparece designado como sacerdote; tampoco realiza función cultural alguna en el Templo, con el que no tiene más relación que el resto de los hijos de Israel. Incluso la purificación del Templo, con la expulsión de los mercaderes, es un gesto profético, no sacerdotal (Za 14,21). Esa misma fuerza profética lo llevará a declararse «mayor que el Templo» (Mt 12,6), relativizándolo. En numerosos pasajes neotestamentarios aparece Jesús como profeta y como rey, pero no así como sacerdote. Esta primera aproximación podría sugerir una conclusión (que muchos en tiempos recientes han propuesto decididamente): no se puede hablar de Jesús como sacerdote. Porque en Israel Jesús no era sino un laico.

2. Indicios de la condición sacerdotal de Jesús en el NT

Sin embargo hay en los mismos evangelios algunos datos que permiten considerar cuanto menos precipitada esta conclusión. Estos datos, que se remontan a la vida terrena de Jesús, quedan a su vez secundados y ampliados por otros testimonios neotestamentarios.

Notemos ante todo que al lector del NT no le puede sorprender la dificultad experimentada por la primera tradición cristiana para aplicar a Jesús el título de sacerdote: en una época en que el sacerdocio levítico era de cotidiana actualidad, llamar *hiereús* a Jesús era cuanto menos problemático. Pese a ello, en algunos pasajes evangélicos escuchamos de labios de Jesús algunas expresiones que, a la vista de cuanto acabamos de decir en el apartado anterior, nos sorprenden. Porque se refiere a su propia misión en términos claramente sacrificiales –y, no lo olvidemos, en Israel hablar de ofrecer un sacrificio es hablar de sacerdocio, ya que es tarea que compete a este grupo. Nos referimos ante todo al relato de la última Cena según los

evangelios sinópticos²; en ella se nos hablará –con terminología diversa pero coincidente en lo fundamental– de un «cuerpo entregado» y, sobre todo, de una «sangre derramada» para el perdón de los pecados. La terminología es netamente sacrificial; y el contexto es particularmente solemne, ya que en esta inminencia de la Pasión Jesús recapitula su entero ministerio. Es significativo que en esta presentación sintética del núcleo de su misión Jesús quiera aparecer como un sacerdote que ofrece un cuerpo y una sangre: una víctima, por tanto.

Como sabemos, el evangelio de Juan no contiene los relatos de la institución de la Eucaristía. Sin embargo presenta un pasaje paralelo al que acabamos de indicar; nos referimos al capítulo 17 (la por esto llamada «oración sacerdotal»), donde Jesús transforma su entrega en plegaria y declara al Padre: «Por ellos me consagro» (Jn 17,19). El verbo *hagiázō* «consagrar» evoca de nuevo los sacrificios veterotestamentarios: «Las palabras «Por ellos me santifico a mí mismo» tienen un sentido claramente sacrificial. Tanto la expresión «por ellos» como el mismo verbo «santificarse a sí mismo» implican esta ofrenda. De esta manera la Oración Sacerdotal no es sólo una petición a favor de los discípulos, sino una ofrenda sacrificial por ellos»³. Y la expresión recuerda también la consagración sacerdotal misma; el Señor había ordenado a Moisés: «Vestirás así a tu hermano Aarón y a sus hijos; los ungrás, los investirás y los consagrarás [*hagiázō*] para que ejerzan mi sacerdocio» (Ex 28,41). De modo que también en el cuarto evangelio, y también en el contexto de la última Cena, Jesús aparece como sacerdote.

Pero el testimonio neotestamentario no se agota aquí, sino que se prolonga en otros escritos. Así, la primera carta de Pedro nos recuerda que hemos sido redimidos no con bienes materiales y caducos, «sino con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha y sin mancha, Cristo» (1 P 1,19). «La expresión «cordero sin tacha» (*amnós ámōmos*) pertenece realmente al vocabulario ritual [Lv 14,10; 23,18; Nm 28,3.9.11...]. Para los sacrificios ofrecidos a Dios estaba ordenado escoger unos animales que no presentasen ninguna tara. Cristo, «cordero sin tacha», era digno de ser ofrecido. Su integridad lo cualificaba para ser víctima sacrificial»⁴. No podemos olvidar la grandiosa presentación que el Apocalipsis nos hace del Resucitado: un Cordero en pie y «como degollado»

2 También transmitido por Pablo en 1 Corintios 11.

3 D. MUÑOZ LEÓN, «Evangelio según san Juan», *Comentario Bíblico Latinoamericano* (ed. A.J. LEVORATTI) (II: Nuevo Testamento; Vervo Divino, Estella 2003) 589-682, 669.

4 A. VANHOYE, *Sacerdotes antiguos, sacerdote nuevo según el Nuevo Testamento* (Biblioteca de Estudios Bíblicos 79; Sígueme, Salamanca 1984), 83.

(Ap 5,6); es decir, la víctima de un sacrificio – víctima que, sorprendentemente, está viva y llena del Espíritu.

Con san Pablo damos un paso más en esta línea. La carta a los Gálatas contiene la asombrosa declaración de que Cristo «me amó y se entregó por mí» (Ga 2,20); no hallamos en estas palabras, de honda carga existencial, referencias sacerdotales. Pero sí las descubrimos en otro texto paulino, esta vez de la carta a los Efesios, en los que resuena la afirmación de Gálatas pero –por así decirlo– en «versión sacrificial»: «...vivid en el amor como Cristo nos amó y se entregó por nosotros como *oblación y víctima de suave aroma*» (Ef 5,2). «La entrega existencial de Cristo se califica aquí como «oblación y sacrificio». En sí mismos, estos términos no van más allá de la cualificación «victimal» con que ya nos hemos encontrado. No dicen explícitamente que Jesús sea «sacerdote». Pero entran dentro de una frase que en lugar de presentar a Cristo en una actitud pasiva de víctima insiste fuertemente en su entrega personal voluntaria: Cristo, por amor, *se entregó a sí mismo*. De ahí a decir que Cristo *se ofreció* a sí mismo en sacrificio no parece que haya mucha distancia. Y si Cristo se ofreció en sacrificio, ¿no habrá que concluir que es sacerdote?»⁵.

3. Hacia una redefinición del sacerdocio

El examen del NT nos ha llevado a comprobar cómo nuestro primer análisis era al menos incompleto. Ciertamente Jesús, hijo de David y por tanto de la tribu de Judá, no es sacerdote *según la Ley judía*. Pero se insinúa un sacerdocio que, expresado con terminología del AT, es a la vez radicalmente nuevo. Porque el sacerdote aaronita ofrecía en sacrificio realidades que le eran externas (ya animadas, ya inanimadas); pero Jesús se ofrece a sí mismo. Es una novedad tan grande que obliga a una redefinición del concepto mismo de sacerdote. A esta apasionante tarea se entregará un singular escrito del NT: la carta a los Hebreos.

II. JESÚS, SACERDOTE: LA CARTA A LOS HEBREOS

Si el sacerdocio de Jesús presenta una diferencia de fondo con el de Aarón, podríamos quizá pensar que el autor de esta carta, ciertamente original aunque perteneciente a la tradición paulina, intentará desmarcarse del Antiguo Testamento. Nada más lejos de la realidad.

5 VANHOYE, *Sacerdote nuevo*, 83.

1. Presentación general: tradición y novedad

La carta a los Hebreos es un largo tratado de cristología; uno de los más antiguos que conservamos. Y, al igual que el resto de la primera reflexión cristiana, se apoya en la lectura del AT a la luz de la resurrección de Cristo. Pero lo hace de forma si cabe más intensa que los demás escritos neotestamentarios: puede incluso afirmarse que la entera carta es un midrás cristiano (es decir: una lectura actualizante en Cristo) del Salmo 110, que a su vez remite a Génesis 14.

La conexión de ese salmo con la cristología tradicional le viene de su primer versículo, uno de los principales textos bíblicos con los que el NT explica la glorificación de Jesús: «Oráculo del Señor a mi Señor: siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos como estrado de tus pies» (Sal 110,1)⁶. La carta lo alude desde su comienzo (Hb 1,3.13)⁷; el primer capítulo deja muy claro cómo aquel a quien Dios dijo «Tú eres mi Hijo» (Sal 2,7: Hb 1,5) es el mismo a quien le ordena «sentarse a su derecha» (Sal 110,1: Hb 1,13). No se aparta en esto de la cristología tradicional, común al NT. Sin embargo, y a diferencia de las otras tradiciones neotestamentarias, el autor de Hebreos prosigue leyendo el Salmo 110 y llega a su versículo 4: «El Señor lo ha jurado y no se arrepiente: «Tú eres sacerdote eterno según el orden de Melquisedec»». De esta forma, sencilla y profunda a la vez, aplica –por vez primera en el NT– el calificativo de «sacerdote» a Jesús. Y lo hace apoyándose en la Escritura.

Esta carta presenta en primer lugar la *continuidad* entre el sacerdocio del AT y el de Jesús; y a continuación se expone la *novedad* de este último. Veamos las dos etapas de la demostración.

2. Las cualidades del sacerdote

«Tú eres sacerdote...»: al aplicar a Jesús este término del Salmo, la carta a los Hebreos conecta a Jesús con la institución sacerdotal. Así, en la primera fase de la carta (capítulos 3–6) mostrará la semejanza entre Moisés y Jesús (Hb 3,2), entre Aarón y Jesús (Hb 5,4). Estas dos grandes figuras de la tribu de Leví permiten al autor comentar las dos grandes cualidades de Jesús como Sumo Sacerdote: misericordia y credibilidad (Hb 2,17). Moisés es el gran mediador de la Alianza del Sinaí; pues si él, siervo fiel del Señor (Nm 12,7), era digno de

6 Ver Mt 22,41-46 || Mc 12,35-37 || Lc 20,41-44; Mt 26,64 || Mc 14,62 || Lc 22,69; Mc 16,19; He 2,34; Rm 8,34; 1 Cor 15,25; Ef 1,20; Col 3,1.

7 También en Hb 8,1; 10,12; 12,2.

fe, tanto más lo será Jesús, que no es siervo sino el Hijo (Hb 3,5-6). Aarón, de la tribu de Leví –y por ello un hombre como los demás–, es el primer hijo de Israel investido como Sumo Sacerdote (Ex 28,1); pues si él, llamado por Dios de entre los hombres y envuelto él mismo en debilidad y pecado, era capaz de compadecer (Hb 5,2-3), tanto más misericordia podrá mostrar Cristo, «probado en todo de forma semejante [a nosotros], a excepción del pecado» (Hb 4,15), por lo que se ha convertido en «trono de gracia para alcanzar misericordia» (Hb 4,16).

Jesucristo es por tanto el mediador perfecto, pues combina la máxima intimidad con Dios (es el Hijo) y la máxima solidaridad con los hombres. Aunque es el Hijo, se ha hecho hombre y ha experimentado a fondo la humanidad, sin ahorrarse nada de lo auténticamente humano. Es por ello «sumo sacerdote misericordioso y digno de fe» (Hb 2,17).

Sin embargo, lo es de una forma radicalmente nueva.

3. La originalidad del sacerdocio de Jesús

Ya san Pablo nos llevaba a intuir un nuevo tipo de sacrificio en la obra de Jesús. La novedad no es marginal, sino central. El autor de la carta a los Hebreos lo entendió perfectamente, y lo refirió al sacerdocio: hacía falta un nuevo principio. Este principio lo halla en el Salmo al que con anterioridad nos hemos referido: «Tú eres sacerdote eterno según el orden de Melquisedec» (Sal 110,4). La Escritura ya profetizaba de manera velada ese sacerdocio radicalmente nuevo que encarnará Jesucristo.

Ante todo: sacerdote *eterno*. Nadie en Israel tenía un sacerdocio así. La tribu sacerdotal, Leví, veía sucederse a sus hijos en el ejercicio del ministerio sagrado: la muerte, a la que como hombres estaban sometidos, les impedía perdurar para siempre (Hb 7,23). Sin embargo Cristo resucitado ha roto con esta limitación: está lleno de vida, «vive siempre para interceder por nosotros» (Hb 7,25). La resurrección de Jesús ha permitido el cumplimiento de la Escritura, ha generado un sacerdocio «eterno».

Pero además, un sacerdocio *según el orden de Melquisedec*. Hace acto de presencia este personaje marginal del AT, cuya presencia en el mismo se circunscribe a tres versículos del Génesis (Gn 14,18-20). ¿Qué llevó al salmista, divinamente inspirado, a poner su mirada en él? No es posible dar respuesta a esta pregunta. Lo que sí podemos apreciar es cómo el salmo le atribuye un sacerdocio distinto del levítico: es «eterno»; nos hallamos por tanto, ya en el AT, frente a un proceso de superación del sacerdocio institucional de Israel, llevado a cabo mediante la sublimación de la figura de Melquisedec (algo que desarro-

lló ulteriormente la comunidad de Qumrán)⁸. Esto permite al autor de Hebreos dar cuenta de la novedad del sacerdocio de Jesús dirigiendo su mirada hacia esta figura veterotestamentaria, que de otro modo habría pasado completamente desapercibida. Varias son las razones, podemos conjeturar, que lo mueven:

- a) Ante todo, la misteriosa procedencia de Melquisedec. Los datos que nos da el relato del Génesis son muy escuetos⁹; y esta sobriedad es interpretada por nuestro autor como indicio de su origen misterioso: «Sin padre, sin madre, sin genealogía», lo cual lo asemeja al Hijo de Dios (Hb 7,3).
- b) En segundo lugar, su condición sacerdotal. Melquisedec es el primer sacerdote mencionado en la Escritura¹⁰. Un sacerdocio «pagano», ¡previo al sacerdote levítico! Su referencia al «Dios altísimo» permite descubrir en él además una dimensión universal que lo hace particularmente apto para iluminar el sacerdocio de Cristo, que no se limita a Israel sino que alcanza a todos los hombres: «Causa de salvación eterna para *todos* los que le obedecen» (Hb 5,9).
- c) Además, como acertadamente se observa en Hebreos 7, Melquisedec bendice a Abraham, situándose así en una posición superior: su sacerdocio ha de ser también por tanto superior al de los hijos de Abraham.

La carta a los Hebreos interpreta a su vez el Salmo 110, haciendo de ese misterioso descendiente de David del que habla el salmo, no ya «sacerdote» (*hiereús*), sino «sumo sacerdote» (*arkhiereús*) según el orden de Melquisedec. Cristo es quien con la ofrenda de su propia carne, una ofrenda insospechada para el Antiguo Testamento, ha inaugurado este nuevo sacerdocio, muy superior al levítico —que, en expresión de la carta, era sólo la «sombra» que prefiguraba los bienes venideros (cf. 10,1). La Escritura de Israel llevaba en sí misma el germen de su propia superación; pero para ello era necesaria la presencia plenificante de Cristo, el Hijo de Dios glorificado. Así éste se convierte en principio de un culto arraigado en el AT y, a la vez, radicalmente nuevo.

4. Una nueva presentación del misterio de Cristo

Mediante su glorificación el Hijo obediente ha sido constituido por el Padre Sumo Sacerdote de la salvación definitiva; la categoría de sacerdocio sistematiza en Hebreos la entera presentación de la fe cristiana. Este es el sacrificio de

8 Si bien en una línea distinta de la carta a los Hebreos; ver VANHOYE, *Sacerdote nuevo*, 161-162.

9 Rey de Salem (= Jerusalén); sacerdote del Dios altísimo.

10 La palabra *kōhēn* «sacerdote» aparece por vez primera en Gn 14,18.

la Nueva Alianza (Hebreos 8; Cf. Jr 31,31); gracias a él, los cristianos podemos alcanzar la renovación interior y así obtener la salvación. El culto cristiano goza de un nuevo santuario, esa nueva «tienda» (Hb 8,2) que es la carne resucitada de Cristo (Hb 10,20). Todo el misterio de Cristo y de la vida nueva que él nos trae, por tanto, halla en la categoría de su sacerdocio una nueva y original síntesis, de inmensa fecundidad.

III. EL SACERDOTE Y LOS SACERDOTES

Con su ofrenda obediente al Padre Jesús ha inaugurado un nuevo género de sacerdocio: ha sido constituido Sumo Sacerdote de los bienes de la salvación escatológica. Se trata de un sacerdocio único, imperecedero, que no admite réplica. Pero a la vez es un don que Jesucristo comparte con los hombres. Su nuevo sacerdocio está llamado a extenderse por todo el mundo. Tal y como afirma Jesús en el evangelio de san Juan, «por ellos me consagro yo, *para que sean también ellos consagrados* en verdad» (Jn 17,19); o la carta a los Hebreos: «Pues con una sola ofrenda ha perfeccionado para siempre *a los que son consagrados*» (Hb 10,14); en estos dos textos hallamos el verbo *hagiazō* «consagrar», que ya conocemos. La consagración sacerdotal de Jesús, por tanto, se ha convertido en la fuente de un nuevo sacerdocio compartido con sus hermanos (cf. Hb 2,11). Esto se va a realizar en una doble dirección, mutuamente complementaria y enriquecedora.

1. El cristiano, partícipe del sacerdocio de Cristo

En la gran carta a los Romanos encontramos la siguiente exhortación de san Pablo: «Os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio [*thysían*] vivo, santo, agradable a Dios: vuestro culto racional» (Rm 12,1). Percibimos en estas vibrantes palabras un eco de la idea expresada a propósito de Cristo en Ga 2,20 y sobre todo en Ef 5,2: la existencia de Jesús, culminada en su muerte y resurrección, era vista como una ofrenda sacrificial. Lo que es válido para Jesús lo es también para sus discípulos: la existencia cristiana tiene en su base la ofrenda cultural de la propia vida, unida a la ofrenda de Cristo. El cristiano es una «víctima viva» —como el Cordero de Apocalipsis 5.

La primera carta de Pedro presenta el misterio de esta nueva realidad del cristiano con terminología explícitamente sacerdotal: «Al acercaros al Señor, piedra viva, desestimada por los hombres pero elegida y valiosa ante Dios, tam-

bién vosotros, como piedras vivas, sois contruidos como una casa espiritual para *un sacerdocio santo*, para ofrecer sacrificios [*thysías*] espirituales agradables a Dios por medio de Jesucristo» (1 P 2,4-5). Es propia del cristiano esa nueva condición sacerdotal que lo capacita para ofrecer sacrificios espirituales a Dios. Pero ese sacerdocio no es equiparable al de Cristo, de modo que pueda compararse o contraponerse a él; al contrario, es sacerdote por participación: se recibe –como dice Pedro– «acercándose al Señor». El cristiano unido a él es transformado en templo espiritual. Todo cristiano es, por tanto, sacerdote; la doctrina eclesial del «sacerdocio común» de los cristianos expresa esta realidad. Notemos dos características. Primero: ese sacerdocio se vive y se realiza en la comunidad cristiana: es esta «casa espiritual» compuesta de «piedras vivas» la que es presentada como «sacerdocio santo». No se puede vivir el sacerdocio común del cristiano al margen de la Iglesia. Y además: este nuevo culto tiene una dimensión testimonial intrínseca; poco más adelante en la misma carta Pedro insiste: «Pero vosotros sois un linaje elegido, *un sacerdocio regio*, una nación santa, un pueblo de su propiedad, para que anunciéis las alabanzas del que os llamó desde la tiniebla hasta su luz admirable» (1 P 2,9). Ese pueblo sacerdotal está llamado a la misión: anunciar las alabanzas de Dios. En la gran visión de Apocalipsis 5, en fin, los cuatro vivientes y los 24 ancianos proclaman que con su sacrificio el Cordero ha hecho «un Reino y sacerdotes» a hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación (Ap 5,10): el nuevo sacerdocio goza de la universalidad propia de la Iglesia.

2. El sacerdote ordenado, al servicio de los cristianos

Pero la condición sacerdotal en la Iglesia no se agota en este sacerdocio común: ya desde los comienzos de la historia eclesial nos hallamos con el sacerdocio ministerial. Esta realidad hunde también sus raíces en el testimonio del NT.

Para comprobarlo tenemos que ir de nuevo a la última Cena, allí donde Jesús revelaba el carácter sacrificial de su pasión inminente. La versión paulina de esta tradición, conservada en el evangelio de Lucas y en la primera carta a los Corintios, conserva un mandato del Señor a sus comensales: «Haced esto en memoria mía» (Lc 22,19; 1 Cor 11,24.25). Los destinatarios de este mandato, sus comensales, son los Doce: los evangelios son unánimes en este dato¹¹. Es

11 «Se puso a la mesa con los Doce» (Mt 26,20); «... viene con los Doce» (Mc 14,17); «Se puso a la mesa, y los apóstoles con él» (Lc 22,14). En Lucas, los apóstoles son los Doce

un hecho extraordinariamente importante, porque asegura el perpetuarse en el tiempo de la Iglesia de la entrega sacrificial de Jesús. Todos los cristianos, en virtud de su bautismo, pueden unirse a ella; pero no todos pueden renovarla sacramentalmente. Sólo los Doce, y aquellos a quienes éstos les transmitan esta capacidad sagrada, resultan capacitados para realizar esta tarea. Esta potestad está por tanto estrechamente vinculada al ministerio apostólico; notemos que son también ellos (los Once) quienes han recibido del Resucitado el mandato de predicar el evangelio por todo el mundo (cf. Mt 28,18-20; Mc 16,15; He 1,2). La doctrina paulina de la diversidad de funciones dentro del único cuerpo eclesial (1 Cor 12,4-11; Rm 12,3-8), una doctrina que en las cartas pastorales de san Pablo queda explicitada y ampliada, muestra cómo ya en las primeras comunidades cristianas era gozosamente vivida la variedad de carismas y ministerios. Siempre, dentro de esa vida nueva, común para todos, recibida por el bautismo.

Porque el sacerdocio ministerial, propio del carisma apostólico, es un *ministerio* – esto es, un servicio al cuerpo eclesial. No existe para sí, sino para los hermanos. No es por tanto un privilegio, sino una vocación a vivir la propia ofrenda de la vida en especial comunión con el Sumo Sacerdote de nuestra fe (cf. Hb 3,1), reproduciendo su modo de existencia y la entrega de su vida. La segunda carta a los Corintios, verdadero «manual» del ministerio apostólico, expresa la profunda convicción de Pablo a este respecto; con vigor afirma el apóstol que en su ministerio no es él quien actúa, sino Cristo: «Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios!» (2 Cor 5,20). El sacerdote vive para el bien espiritual de los fieles; tal y como instruye a Timoteo: «Procura ser para los creyentes modelo en la palabra, en el comportamiento, en la caridad, en la fe, en la pureza. Hasta que yo llegue, dedícate a la lectura, a la exhortación, a la enseñanza» (1 Tm 4,12-13). Y es que lo propio de quien ha recibido «el carisma» mediante la imposición de las manos (1 Tm 4,14; cf. 2 Tm 1,6) es por tanto dedicar la propia existencia al provecho de los hermanos en la fe: basta leer las llamadas «cartas pastorales» de san Pablo para percibir esta idea recurrente.

El ministro ordenado, por tanto, vive su sacerdocio cristiano en una doble dimensión. Es un hermano entre los hermanos, participando de la común filia-

(Lc 6,13; 9,1.10). El evangelio de Juan, que no menciona a los Doce más que en dos ocasiones (Jn 6,67-71; 20,24), presupone sin embargo este mismo dato: en la Cena lo acompañan «los discípulos», nombre que designa este grupo. Así se desprende de los nombres citados: Pedro (6 veces en Jn 13), el discípulo que amaba Jesús (13,23), Tomás (14,5), Felipe (14,8-9), Judas «no el Iscariote» (14,22). El «uno de vosotros me va a entregar» de Jn 13,21 se corresponde con el «uno de los Doce» mencionado en 6,71: Judas, hijo de Simón el Iscariote.

ción divina; y a la vez es singularmente configurado con Cristo pastor, lo cual lo constituye en vicario suyo ante los hombres, a quienes en su nombre pastorea y apacienta (cf. Jn 21,15-17). Agustín lo expresará siglos más tarde con una afortunada fórmula que explicita la doble dimensión del sacerdocio cristiano: «Para vosotros soy obispo, con vosotros soy cristiano»¹².

3. Distintos sacerdocios, un único culto a Dios

Para concluir esta exposición nos sirven unas palabras, también conclusivas, de la carta a los Romanos. En ellas Pablo expresa el objetivo que mueve su apostolado: «Ser para los gentiles ministro [*leitourgós*] de Cristo Jesús, realizando la acción sagrada del Evangelio de Dios [*hierourgoúnta tò euangélion toú theoù*], para que la oblación de los gentiles resulte agradable [a Dios], consagrada en el Espíritu Santo» (Rm 15,16). A diferencia de otros lugares de sus cartas, la terminología empleada es señaladamente cultural¹³. «Pablo describe su función en lenguaje litúrgico... Como tal ministro de culto, Pablo ofrece su evangelización de los gentiles a Dios como una forma de servicio cultural»¹⁴. Según la *Torá* el sacerdote tenía como misión preparar las víctimas para el sacrificio¹⁵; de forma análoga Pablo se presenta como quien mediante su ministerio apostólico hace posible que los gentiles, incorporados a la Iglesia, hagan de sus vidas una ofrenda agradable a Dios. Con ello expresa el misterio del sacerdocio ministerial cristiano, que arraigado en la ofrenda sacrificial de Cristo, sacerdote eterno, hace posible la perpetua renovación interior de todos los hombres y les permite vivir su consagración interior a Dios. La Nueva Alianza, obra del Sumo Sacerdote Jesucristo, se actualiza por tanto en la Iglesia de todos los tiempos mediante el servicio humilde y excelso de sus sacerdotes; gracias a ellos, que renuevan constantemente el sacrificio pascual, es posible adherir plenamente al único sacrificio de la Redención.

12 «Vobis enim sum episcopus; vobiscum sum christianus» (*Sermón* 340, 1; PL 38, 1483).

13 *Leitourgós* tiene generalmente (también en los LXX) significado profano; pero en ocasiones se aplica al ministro del culto: Is 61,1; Sir 50,10. El verbo *leitourgéō*, sin embargo, es de frecuente utilización cúltica en el AT (Éxodo, Números, Deuteronomio, 1-2 Crónicas, Ezequiel 40-48), singularmente referido a los levitas. Acerca del valor cultural de *hierougéō*, *hapax* bíblico, ver J.A. FITZMYER, *Romans. A New Translation with Introduction and Commentary* (The Anchor Bible 33; Doubleday, New York 1993), 711; este autor lo traduce como «priestly duty». Tanto *prophorá* (ofrenda) y *prósdektos* (agradable) como *hagiázō* (consagrar) son términos netamente culturales.

14 FITZMYER, *Romans*, 711.

15 Cf. Lv 1,12.15-17; *et passim*.

